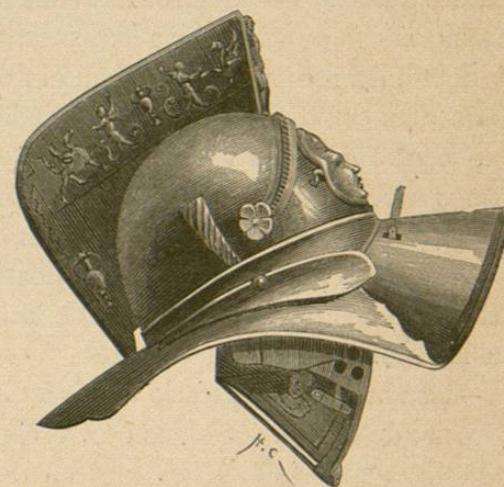


cedor de la magna Grecia. El dominio sobre las extrañas gentes se debía, por ley natural, á la victoria, y la victoria, por ley natural, se alimentaba con el despojo de los triunfos. El soldado volvía con cuatrocientos haces en su cinto desde Cartago á Roma. Ciento veintitrés libras de plata Escipión aportó de su triunfo en Africa. De una sola vez Paulo Emilio trajo ciento cincuenta millones. Los argentarios, quiero decir, los negociantes crecieron. Las chozas de los antiguos cambiantes, extendidas por el Foro, se convirtieron á una en palacios de piedra. Tras aquellos bancos, donde se hacían toda clase de negocios, erigíanse las basílicas, destinadas á la contratación. Por consecuencia, el dinero traía consigo grande movimiento mercantil, y este grande movimiento mercantil traía consigo, como toda riqueza, excesivo lujo y dispendio. Se había sobrepuesto, pues, al patriciado rural de Catón otro patriciado negociante y mercantil que venía tras el carro de los Emilios y de los Escipiones con orientales riquezas. Puertas de bronce abrían paso á las casas patricias; estatuas doradas resplandecían por vestíbulos y patios; colosos ecuestres campeaban hasta en edificios particulares; los farsantes, encargados á guisa de bufones del divertimento y regocijo universal, contaban fábulas y decían gracias á roso y belloso entre alegres carcajadas; el tocador de las damas asemejábase á botiquín bien provisto, según los perfumes y los ungüentos allí amontonados; bordadores, joyeros, sastres de túnicas elegantes, tintadores en matices varios, zapateros de femenil calzado, aglomerábanse, al par de los clientes, con poetas, cantadores, citareros, flautistas, en aquellas mansiones ardientes á la llama viva de todos los placeres. Únase á esto el escándalo promovido por el desenfreno de las fiestas báquicas, tan enardecedoras para los sentidos y tan nocivas á las buenas costumbres. Más de siete mil personas, pertenecientes á todas las clases sociales, habíanse inscrito en esta increíble sociedad. Las embriagueces allí usuales pervertían y mataban con tal frecuencia, que se las creía, en las creencias comunes, corrosivos envenenamientos. Sacerdotisas, ataviadas como las ménades, el cabello suelto al viento, las sienas ceñidas por guirnaldas de hiedra y pámpanos, la corta túnica del color de azafrán, las canciones voluptuosas en los labios aromados por el vino, el tirso de oro con serpientes entrelazadas en una mano

y en la otra mano las antorchas, corrían por las orillas del Tíber, llenando los aires con el resuello de sus pechos agitados, con el acento de sus voluptuosos suspiros, con los besos de sus exaltados y delirantes placeres. Así como los griegos de tiempo inmemorial acostumbraron celebrar fiestas, cual aquellas de Olimpia, donde acudían los peregrinos en legión, los embajadores de todas las ciudades, los teoros dispuestos á ofrecer sacrificios conformes con la tradicional antigua liturgia y arreglar procesiones, las cuales iban por los bosques sacros que atravesaban las aguas del Alfeo, entre altares donde humeaban la mirra y el incienso, libando las copas de hidromiel y ciñéndose las coronas de olivo para prepararse á recibir las ofrendas enviadas por todos los representantes del helenismo, quienes allí en el templo de Júpiter veían su misteriosa unidad, y para premiar á los atletas galardonados por sinfonías melodiosísimas y cantares poéticos, obra de coros, cuyas voces alzaban á las alturas misteriosos himnos, derramando el entusiasmo en todos los corazones y haciendo prósperos y propicios á todos los dioses; como estos juegos olímpicos, los juegos pitios ó competencias de todos los instrumentos helénicos; los juegos nemeos consagrados á los héroes muertos; los juegos ístmicos anunciados por mensajeros expedidos á los cuatro extremos del horizonte y compuestos de magníficas rivalidades y competencias, tanto de las fuerzas físicas cual de las ideas puras, según debía suceder en aquella compenetración del espíritu con el universo, que constituye la mayor y más armoniosa característica del antiguo pueblo griego; Roma repitió estas fiestas de otra suerte, como vemos en los fastos magníficos de Ovidio. Ya eran los seculares juegos, iluminados en sacras noches por innumerables antorchas, á cuyo resplandor los más ga-



Casco de un gladiador (Museo de Nápoles)

llardos mancebos y las muchachas vírgenes iban al templo de Apolo entonando himnos bilingües en griego y en latín, llenos de incommunicable poesía; ya eran los cereales, donde las matronas, precedidas por todos los dioses, asistían primero al Circo y del Circo al templo de Ceres, en que se ponían loas coreadas, representando las tradicionales historias de Plutón y Proserpina; ya eran los matronales consagrados á Juno, ante quien deponían las matronas sus coronas de verbena, fiestas concluídas por tertulias y recepciones familiares; ya los vestalios, de numerosas incidencias, que paseaban por las plazas ornados de guirnaldas los asnos de los molinos; ya los florales, donde los romanos celebraban el florecimiento de la primavera y procedían como si la savia embriagadora esparcida por el campo se concentrara en sus venas; ya las saturnales, de que los esclavos mismos participaban, y en ellos se fingía entregar las mujeres á los enemigos como recuerdo de ciertos hechos legados por los antiguos tiempos y propios de los combates á que se halló desde su nacimiento condenada esta diosa de la guerra denominada la Ciudad Eterna.

— Esa manía de buscarlo todo en Grecia, de adorar sobre todo á Grecia, de oír por los oídos de Grecia y hablar por su boca se ha extendido y arraigado más y más en tiempo del Imperio á consecuencia de propensiones en los césares al mundo helénico — dijo Séneca.

— Es verdad, mucha verdad — añadió Lucano. — De Grecia provienen los libertos que ayudan al déspota en sus oficios viles y de Grecia los ornamentadores que pulen y ornan y abrillantan esta nuestra cárcel.

— ¡Parece imposible! — observó Persio. — El mundo de la libertad ha provisto de sus más infames cortesanos á la tiranía imperial.

— Pero esto se origina — dijo la bella esposa de Lucano — en que la hetaira, la esposa semi-doméstica y semi-pública, en la condición inmoral de medio favorita y medio mujer, ha corrompido con profundísima corrupción las costumbres helenas.

— Todo César encuentra en Grecia cómplices — dijo Persio.

— Y todo César va como á una escuela de despotismo al sacro centro de la libertad — añadió Lucano.

— Calígula — observó Séneca — se trajo cuantas riquezas pudo de Atenas, cual despojos de la libertad allegados por el despotismo, y hasta intentó arrancar el Júpiter de Fídias á los altares y ponerlo entre sus esclavos.

— Pero nadie como Nerón en esta manía por Atenas — dijo Pola.

— ¡Ya lo creo! — le observó Persio. — Amante del arte, busca en Grecia los artistas que han de glorificarlo; y amante de la tiranía, busca en Grecia los esclavos que han de servirle.

— Pues aún creo que busca, en mi sentir, algo más — dijo Pola; — busca esa voluptuosidad que las ruinas griegas exhalan, semejante á la embriaguez producida por plantas parietarias, como la cicuta y el beleño.

— Pues no podéis imaginaros — dijo Séneca — cuán extraordinarios esfuerzos me cuesta disuadirle de que marche á Grecia, donde quiere presentarse como competidor en concursos públicos y solemnes con poetas y músicos.

— ¡Cuál desgracia! — suspiró melancólicamente Lucano — ¡cuál inmensa desgracia vernos dirigidos por un joven aquejado de furiosa demencia y pronto á todo género de ridículas extravagancias! ¡Ay, Séneca, bien poco influye tu sana filosofía en el doliente mundo!

— Pues bien puedes, Lucano, dar gracias todos los días á todas las divinidades protectoras de nuestra familia, por tener que vivir bajo Nerón.

— ¿De veras — preguntó Persio á Séneca, — de veras nos crees obligados al agradecimiento para con los dioses por tal predestinación?

— ¡Vaya si lo creo! ¿Pues no vives ahora bajo Claudio?

— Pero ¿tú crees verdaderamente, Séneca, tú crees á Claudio peor que á Nerón?

— Si Nerón es un loco, Persio, Claudio es un imbécil.

— Júzgolo cual tú lo juzgas, venerado maestro; pero un imbécil no tan perverso de suyo ni al mal tan inclinado como Nerón.

— Pero Nerón oye á los filósofos, mientras Claudio únicamente oye á los libertos.

— ¡Ay, Séneca! — dijo tristemente Pola, despidiendo un amargo

suspiro, — yo presagio con toda mi alma que cuantos aquí estamos concluiremos por ser víctimas de Nerón.

— No digas esas especies, Pola, no las digas; su divulgación puede costarte muy cara.

— Como que puede costarle la vida — exclamó Persio.

— Y á todos los que aquí estamos sin excepción — añadió Lucano.

— Creedlo: Nerón participa de nuestras ideas, en medio de sus desórdenes intelectuales y morales.

— ¿Crees tú, Séneca, lo crees que puede ser cómo yo un republicano neto, él, un príncipe imperial?

— No te diré que pueda, Lucano, ser un militante como tú — dijo Séneca.

— ¡Ya lo creo — le observó Persio al filósofo, — ya lo creo! Si fuera un republicano militante, como todo en el mundo se halla hoy á su arbitrio, sería Nerón un republicano triunfante. Con un decreto restablecería la República.

— No soy del sentir de Persio — dijo Pola.

— ¿Por qué? — le preguntó Lucano, que oía como un oráculo á su hermosa é inspirada mujer.

— Porque la República nace de un conjunto de costumbres y otro conjunto de ideas perdidas ya en la Ciudad Eterna.

— Pues bien infundo yo ideas republicanas en mi discípulo — dijo Séneca, defendiéndose de las observaciones hechas tan atinadamente por su amada sobrina.

— No lo dudo, Séneca, no lo dudo: le infundirás ideas republicanas, pero no vida republicana; creencias republicanas, pero no costumbres republicanas.

— Aquí todos creemos en la República — dijo Persio, corroborando el pensamiento de Pola, — ninguno la practicamos.

— Pues mirad, voy á deciros una cosa: como Lucano vuelve su atención á la muerta República romana, vuelve la suya Nerón á la muerta República griega.

— Para divertirse — dijo Lucano — con sus artes; no para fortalecerse y acerarse de ningún modo en sus instituciones.

— Pues así como combato el empeño suyo de cantar en Grecia, defiendiendo y sostengo el empeño suyo de aprender en Grecia ideas

filosóficas y políticas — dijo Séneca. — La mujer que ha presentado Pola cual un modelo, hizo mal en combatir la tendencia de los Escipiones á helenizarnos y peor todavía en sostener aquella enérgica intransigencia de Catón el Censor, en virtud y por obra de la cual tendencia se hubieran petrificado nuestra Roma y su República.

— ¡Lástima grande, Séneca — observó la inteligente sobrina, — que Roma no llegase á tanto esplendor y no se viese tras sus victorias en comunicación estrecha con todo el mundo, sino á precio de sus virtudes y de su honor! Después de lo mucho que trabajara el mundo antiguo, no había utilidad alguna para el género humano en que todos estos trabajos á una se perdieran y frustraran. La familia con tantos esfuerzos fundada por los dorios, las escudriñadoras lecturas del cielo tan perfectamente acabadas por los caldeos, aquella moral egipcia en que latía tan vivo el sentimiento de la inmortalidad, los progresos conseguidos en las artes y en las ciencias por el pueblo helénico, las instituciones y la sabia legislación de tantas ciudades como brillaban á uno y otro lado y á todo lo largo del revelador Mediterráneo, no debían perderse, tanto más, cuanto que se hallaban en el caso de salvarse con vigor, sin obscurecer las conciencias y sin pervertir las costumbres. Ciertamente que había la civilización oriental y helénica llegado á Roma cuando ya estaban las dos en su decadencia, y cierto que las civilizaciones decadentes pudren á los pueblos puestos en contacto con ellas. Pero había que proceder en términos capaces de traer las mejoras naturales extraídas á una de los antiguos pueblos, sin ofender al nombre romano y menos cancerar la medula de aquella fuerte y robusta organización histórica. Un partido había, compuesto de hombres superiores como los Emilios y como los Lelios, que aspiraba á la consecución y logro de tal fin. En este partido se hallaba Cornelia, más inclinada, como ya he dicho, á las costumbres de los enemigos de su gente, á los catonianos, que á las costumbres de su propia y natural familia, los orgullosos Escipiones, aunque siempre partícipe de sus ideas helénicas. Cornelia contaba que sus abuelos, con ser tan viejos nobles y tan altos aristócratas, solamente habían tenido humilde tugurio en Roma y corto campo en las cercanías, viviendo consagrados á las austeridades más rudas. Lo que deseaba y pedía